

Elisa Ferrer

TEMPORADA DE AVISPAS


colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

TEMPORADA DE AVISPAS


colección andanzas

1.ª edición: noviembre de 2019

© Elisa Ferrer Molina, 2019

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-754-5
Depósito legal: B. 21.765-2019
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

La superheroína imbatible que era de niña ha perdido sus poderes. Esta mañana, que me encantaría volar, desaparecer, viajar en el tiempo, detenerlo, solo siento un pinchazo espantoso en la cabeza, el regusto ácido de las copas de ayer. Ha sonado el teléfono y mi madre me ha despertado antes de las ocho de la mañana con su urgencia por hablar conmigo, aunque no tuviera nada que decirme: Nuria, cariño, ¿todo bien? Me ha costado levantarme, no sentirme culpable por tener a Juan respirando en mi nuca, ahogándome con su abrazo de cuchara. Me ha costado no enfadarme porque me prometí no liarme más con él. Y al final me cabreo, porque respondo cuando me llama, porque voy a verle, aunque ya no quiera. Me ha costado darme una ducha, salir de su casa, que, aunque hace un tiempo fue mía, ahora me es ajena, lejana, triste; meterme en el metro, en el ascensor. Pensar en encerrarme en el sarcófago de la oficina.

Llego a la redacción y, al abrir la puerta, Lucas me mira de reojo. Sabe de dónde vengo, el porqué de mi cara culpable y mi ropa de ayer y me sonrío como el que espera que en cualquier momento reviente una tormenta; ojalá la única tormenta fuera la que está por estallar en mi cabeza, el cráneo partido, la masa encefálica contra la pantalla del ordenador. ¡Buena resaca, ¿eh, Nuria?!, el grito de Héctor en mi oído. Le sonrío, pero querría escupirle. ¿Resaca?, repito. Ninguna. Y sonrío con más énfasis tras responder, aunque haya espadas apuñalándome las sienes.

Enciendo el ordenador con desgana, intentando olvidar que me esperan ocho horas en ese cubículo, y retomo la viñeta de ayer sobre la operación bikini y unas salchichas de Frankfurt. No la recordaba y resulta que es una mierda, a mi jefe le va a encantar.

Siempre llega el último, y no sé cómo lo hace, pero todos los días tiene una mancha de café o de tinta o de salsa en su camiseta de algodón. Camisetas que llevan escrito un texto gracioso que pronuncia en voz alta cuando llega por las mañanas: «MADURANDO, DISCULPEN LAS MOLESTIAS». Hoy llega antes, apenas he encendido el ordenador, y ya ha abierto la puerta, KEEP CALM AND LOVE YOUR BOSS, señala su camiseta y mi dolor de cabeza detona tras el grito, el portazo.

Nada más sentarse, me llama a su mesa y mira de reojo mis dibujos mientras se corta las uñas con un cortaúñas roñoso y desportillado que guarda en el

bote de los bolígrafos. Hay algo extraño en su modo de no mirarme a mí, cuando se concentra en valorar la viñeta. Creo que le gusta, que le gusta de verdad, lo creo por su hoyuelo, porque quiere asomarle en la mejilla, pero él no lo deja. Quiero comentarte una cosa, me dice serio, tengo que decirte algo. ¿Qué ocurre? Y me siento estúpida frente a mi jefe, con aliento a roncola, con mi ropa de ayer, con su intención de decir algo y luego callarse. Porque el tío se calla y mueve la mano como quien llama al camarero para decirme que luego, que hablamos luego, que cuando termine la viñeta escriba un artículo sobre la maternidad hoy. ¿Cómo? Sí, sobre ser madre hoy. ¿En qué contexto? En el que quieras, Nuria. Ser madre hoy.

Estoy harta. No sé escribir, no soy periodista, pero no te puedes quejar, me dicen, al menos tienes trabajo. Y hoy prefiero no protestar, callarme, agachar la cabeza, pasar desapercibida.

Lucas se acerca a mi cubículo para decirme que no me preocupe por lo de mi jefe, que no será nada, pero, aunque mueva las manos como si fuera una vendedora de Tupperware y le quite importancia, él también está preocupado. Y para rebajar la tensión, le corto del único modo que funciona, le hablo de sus canas, de las pocas que le han salido y ya asoman en la parte derecha de su cabeza. Más de quince canas en la derecha, Nuria, ni una en la izquierda. El asunto del desequilibrio capilar, así lo llamamos, «desequilibrio

capilar», le pone nervioso, le desquicia. ¿Tú te acostarías con un tío con la cabeza dividida en dos colores? ¿Con la cabeza como una puñetera tarta helada? Y me obliga a arrancarle dos, tres canas mientras grita. Pero es el esfuerzo que debo hacer, dice, para seguir seduciendo a tipos tan guapos como yo. Le pido que me acompañe a fumarnos un porro en la azotea, pero me responde que ni hablar, que eso me faltaba hoy, que me ve descentrada, resacosa, que acabe con el dibujo de una santa vez.

Intento concentrarme en la viñeta en la que trabajo con la tableta gráfica, pero mi mano se mueve sola y termina dibujando con el rotulador como tantas veces, como siempre, avispas en un papel. Las avispas que pueblan mis cuadernos, el corcho de la cocina, las servilletas del desayuno que se van a la basura junto a la corteza del pan de molde. El rotulador amarillo y el negro las trazan solas. La semana pasada dibujé avispas en chándal de tactel, en kimono, en posturas imposibles para una avispa, para el *Kamasutra*, y esta mañana a una le he puesto bigote y quizá la convierta en nazi. Ni lo pienso, la mano se mueve sola desde que empecé a dibujarlas en clase en lugar de tomar apuntes y aún hoy, como cuando era niña, me siento Batman, que vence su miedo a los murciélagos aliándose con ellos. A golpe de trazos amarillos y negros me crezco frente a esos agujijones afilados que de pequeña eran para mí más que un pinchazo calien-

te y doloroso, de hecho, representaban el final del juego.

Mi móvil vibra con insistencia y al final respondo. No es Juan, a pesar del martilleo de mensajes al que me ha sometido a lo largo de la mañana, se trata de un número que desconozco, pero es una voz que he oído antes, desgastada, de hombre mayor, una voz que me dice qué tal Nuria, pero la llamada se corta antes de que me dé tiempo a preguntar quién es, qué quiere, quién habla. Esa breve conversación me deja una sensación extraña, la vista clavada en la pantalla del teléfono, donde el reloj parece detenido, mientras mi mano se queda estancada sobre la ilustración sin acabar.

Apenas faltan diez minutos para salir, cuando termino la viñeta. ¿Qué tal vas?, pregunta mi jefe. Ya está, le digo. Él la mira en la pantalla del ordenador, el sol, los cráteres planetarios, la pierna trazada con ligereza, como si fuera real aun siendo un dibujo. Mañana a primera hora me pongo con el artículo ese de las madres, le digo. Y hace un gesto raro. Le encanta, sé que el dibujo le encanta, pero ni una palmadita en la espalda, ni un Buen trabajo, Nuria. Bien, bien. Mándame la viñeta y mañana vemos eso. ¿Querías hablar conmigo?, le pregunto. Pero Héctor le zarandea, tira

de la manga de su camiseta, KEEP CALM AND LOVE YOUR BOSS. ¿Unas cañitas? Ese zarandeo es el salvavidas al que se aferra mi jefe, que mira el reloj y claro, claro, anda si ya es la hora. Unas cañas, ¿por qué no? Y está incómodo. Bajáis, ¿verdad, Nuria? Y va a decir Lucas, pero siempre se queda en blanco y le llama Nicolás o Luis o tú, sin más, tú. Tú, ¿bajas?

El bar huele a humo, aunque no se pueda fumar. Quizá sigue allí ahogando los poros de los sillones de escay desde el último cigarrillo que se disfrutó antes de la prohibición. Héctor pide cañas para todos sin preguntar si las queremos, como tampoco preguntó si queríamos salir de la oficina, ni nos pidió permiso para interrumpirnos cuando al fin empezábamos a hablar.

Lucas, también sin consultarme, le dice al camarero que me traiga un sándwich con mucha mayonesa, con muchos pepinillos. Sabe que es lo único que puede evitar la hecatombe, la explosión de la resaca a media tarde. En la facultad escribí y dirigí un corto bélico, nos cuenta mi jefe al ver mi sándwich, en él los alemanes perdían la Segunda Guerra Mundial porque los Aliados tenían dos botes que parecían de pepinillos, pero en realidad contenían parte de los sesos encurtidos de un espía soviético que había implantado un sistema por el que vivía con solo medio cerebro, mientras la otra mitad estaba en ese bote viscoso y verde y seguía conectado a él, de manera que cuando

recibía información la procesaba desde donde estuviera, y gracias a él los soviéticos ganaban la batalla de Stalingrado. Desde entonces no como pepinillos, dice, son resbalosos y siento que al comerlos podría estar cambiando el curso de la historia. ¿Por qué no utilizaste un bote de chucrut?, le pregunta Lucas. Es un plato muy alemán y recuerda a un montón de sesos hechos trizas. Mi jefe cree que el chucrut resultaría predecible y los tres empiezan a enumerar encurtidos, sus múltiples posibilidades en el espionaje. Héctor me pregunta cómo es que el sándwich no se me atraganta. Me gustan los sesos y me gusta perder batallas, ¿qué más se puede pedir?, le respondo antes de dar el último bocado, que me deja los labios llenos de mayonesa.

Vamos a fumar un cigarro, Nuria, propone mi jefe, y Héctor quiere venir, pero él lo detiene y le dice que le pida otra caña, que ahora entramos.

Estoy nerviosa, está nervioso, pero sigue hablando de los puñeteros encurtidos. Me cae un poco de tabaco a la acera mientras me lío el cigarrillo porque me tiemblan las manos. ¿Qué pasa?, pregunto. En serio, ¿qué pasa? Mi jefe me mira sin atreverse a mirarme. Mañana te lo dirán, susurra, los de recursos humanos, creo que estás despedida. ¿Crees? Bueno, no, lo estás. Estás despedida.

Tengo la sensación de que mis sesos van a estallar, que mis pensamientos salpicarán la cara de mi jefe, la

puerta del bar, el coche aparcado, la acera. ¿Por qué? Y le cambia la cara, abre los ojos y la boca y las aletas de la nariz, se agarra el pecho, el brazo. Eres buena, Nuria. ¿Entonces? ¿Por qué me despides? No hay dinero, me dice, tampoco cojones. Deja de hablar, su cara se pone pálida y se le tuerce el labio. Me ahogo, me está dando un infarto o me va a explotar el miocardio, llama a alguien, me suplica. Se agarra el brazo izquierdo y ni siquiera parpadea. Me ahogo, Nuria, me ahogo, dice. Llama a una ambulancia, por favor. La cara de mi jefe está pálida como una vela. Dice que tiene miedo, que se ahoga, que llame, por favor, que marque el cero noventa y uno o el cero doce o el maldito número que sea, que siempre se le olvida, que piensa que él es inmortal como el Doctor Mist.

Empieza a enamorarse, se ahoga de tanto hablar, y yo sigo paralizada. Llama a una ambulancia, Nuria, llama, joder. Y yo qué sé, al final llamo e intento explicar dónde tienen que venir, pero es difícil porque él se aferra a mis manos. Se sienta en un portal y ahí, agarrado a mí, se queja y dice que tengo algo, que soy buena, pero no hay dinero. Me dice que, aunque quiera a su mujer, a sus hijas, siente algo especial por mí y quiero soltarle la mano, pero él la aprieta con más fuerza. Ya vienen, le digo al colgar, no va a pasar nada. Jamás pensé en morirme en un portal, me dice. No te vas a morir. Siempre creí que moriría en un accidente doméstico, una de esas muertes extrañas que hacen

gracia y la gente cuenta en las bodas. Estornudó y se tropezó en la bañera, una caída letal, pobre. Subió a cambiar una bombilla, la ventana estaba abierta, la silla se venció y cayó al vacío. Apareció colgado de una lámpara con los pantalones bajados, ¿suicidio o masturbación? Esas muertes de titular, ¿me entiendes, Nuria? Esas muertes que se recuerdan, que hacen gracia. Yo le pido que se calle y respire mientras intento que suelte mi mano. Me jode que te vayas, me dice. Quizá te quiero, a lo mejor por eso he dicho tu nombre, no me malinterpretes. Tira aún más de mi mano y me obliga a agacharme. Creo que estoy enamorado.

Se oye a lo lejos la ambulancia ululando y sale Héctor y nos ve sentados en el portal, abrazados como dos indigentes. Mi jefe con la cabeza apoyada en mi hombro, yo estirada sin apenas tocarle, sintiendo pena por él, aunque sean mis sesos los que están a punto de estallar, de salpicarlo todo.

Llega la ambulancia. ¿Quién es el paciente?, grita un tipo pequeño y redondo que viste un chaleco reflectante y al saltar de la ambulancia rebota en el asfalto. Es él, grito, ¡es él! Y mientras señalo a mi jefe intento librarme de su mano, que sigue aferrándose a la mía como si con ello pudiera salvar su vida, sin importarle, claro, si me quiebra los huesos de los dedos. ¡Es él!, grito. Héctor se acerca a nosotros. ¿Qué ocurre, Nuria? ¿Estáis bien? Parece el vecino pesado

que se cree el salvador, el conductor que se mete en medio de un accidente para socorrer a las víctimas y acaba saltando por los aires.

Los chicos de la ambulancia suben a mi jefe a una camilla mientras él se lamenta. ¡Voy a morir!, grita. ¿En serio voy a morir?, pregunta con los ojos llorosos. Yo aparto la mirada de sus pantalones porque tiene la bragueta mojada. Al chico bola le suda el bigote y se lo chupa a cada poco. Nos pregunta qué relación tenemos con el paciente y Héctor le explica quiénes somos mientras él y su compañero suben la camilla donde mi jefe se remueve y grita y babea. Le ponen el desfibrilador en el pecho y descargan, una, dos, tres veces, y mi jefe se contorsiona e intenta arrancarse la mascarilla de oxígeno que le acaban de poner. Cuando sepamos algo os informamos, nos dice el chico bola. Por favor, llamen a sus familiares. Y cierra la puerta de la ambulancia de un golpetazo. La sirena se aleja entre las calles ignorando el rojo de los semáforos, los coches que zigzaguean cansados.

Lucas nos mira desde la puerta del bar sin entender, y Héctor se erige como el pacificador. Tranquilos, yo llamo a su mujer, dice mientras se aleja con el teléfono. Yo abrazo a Lucas, que me pregunta si vamos al hospital y le digo que no, que me voy a casa, que mañana le cuento. Él quiere acompañarme, entender algo, pero prefiero pasear sola, que pase un coche y al pisar un charco me llene de barro. ¿Mañana habla-

mos?, pregunta Lucas. Te llamo, sí, te llamo, y le doy un beso en la mejilla antes de irme.

Ando sin saber cómo o adónde, mezclo calles conocidas con otras que no recuerdo y no sé cuánto tiempo ha pasado cuando vibra el móvil. Es la mujer de mi jefe que me da las gracias. ¿Cómo está? Bien, bien, ha sido un ataque de pánico muy fuerte. Le han dado ansiolíticos y ahora está dormido. Gracias, Nuria, si no hubiera sido por ti, no sé qué se le habría ocurrido hacer. Imagina lo pesado que se pondrá cuando se despierte y vea que mañana no puede ir a la revista. Pero vaya, a ti qué te voy a contar, no sé ni cómo le soportáis con lo intensito que se pone, y lo dice con tanto cariño que parece un halago. Me da las gracias de nuevo antes de colgar. Tengo varias llamadas de ese número desconocido que insiste en hablar conmigo. Llamo, intrigada ante tanta insistencia. Este es el teléfono de, dice una voz automática de mujer, Ignacio, dice una voz de hombre, grabada tras la de la mujer con torpeza. Cuelgo y vuelvo a llamar. Lo escucho de nuevo. Y entonces lo reconozco, es el tío Nacho. Hace años que no sé nada del tío Nacho. Lo recuerdo asando sardinas en el jardín de la casa de la playa, jugando conmigo a la peonza, y pienso en mi padre y vuelven a latirme las sienes, vuelve a estallarme la cabeza. Mejor llamar mañana, mejor liarme un cigarro y luego otro. Pasear sin rumbo, fumar sin rumbo hasta cansarme.

He debido de andar durante horas porque no siento la nariz, tampoco las manos. Tengo frío. No sé por qué hace tanto frío si es primavera. Veo un bar, uno de esos de madera que quieren ser irlandeses, pero apenas huelen a moqueta. Entro y al cerrar la puerta me doy cuenta de lo agitado de mi respiración, de lo ridículo de mi presencia. Aun así, me dirijo a la barra, solo hay dos mesas ocupadas, poca luz y una música suave, hortera, que nunca imaginaría que pudiera escuchar el camarero, tatuado como un mosaico. Me siento en un taburete y le pido una caña. Una doble, mejor una doble. Detrás de él hay un enorme bote de pepinillos, apenas transparente, ya lechoso. Quizá lo miro raro porque el camarero me pregunta si me ocurre algo, pero nada. Qué va, estoy bien, y me centro en frotarme las manos para entrar en calor, en dejar de pensar en mi jefe, en mi tío. En mi padre. Bebo la cerveza en dos, tres sorbos y pido otra. Extiendo una servilleta y trazo un par de líneas con el boli, unas cuantas rayas, las antenas negras, las alas que imagino traslúcidas y dibujo un bote de sesos encurtidos, la hoz, el martillo. Y trazo más avispas, apenas cuatro líneas y una nazi y una con el ala en cabestrillo, una enfermera de la Segunda Guerra Mundial. Malgasto servilletas, una tras otra, y poco a poco deja de dolerme la cabeza.

¿Qué es?, me pregunta el camarero. Para entonces he olvidado dónde estoy, no sé, me encojo de hombros. ¿Una avispa comunista?, pregunta. Y yo, seria, le respondo que es una espía soviética. Me encantan las avispas, dice. ¿Por qué?, le pregunto. No subestimes el poder de lo pequeño, suelta con la intensidad de un *coach*. Si me dejas que cuelgue esa servilleta en el corcho, y señala mi avispa espía, te invito a la última cerveza. Me sorprende. ¿La avispa? Me encanta, me dice, es buena. Me sirve una doble muy fría y clava la servilleta con una chincheta, como un galón, un triunfo. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el bar está vacío, de que está cerrando. Le dejo un par de monedas y el camarero me pide que vuelva otro día. Yo apuro la cerveza y salgo a la calle.

Es tarde y sigue haciendo uno de esos fríos para los que nunca se está preparada porque vienen sin avisar. Mi boca expulsa humo y, al verlo salir, me doy cuenta de que llevo días aguantando la respiración, ahogándome. Intento tomar bocanadas de aire. Rítmicas. Enormes. Con fuerza. Y ando calle abajo porque, aunque mañana no trabaje, ya va siendo hora de que vuelva a casa.